

El puente de la memoria: algunas claves para leer a Manuel Rodríguez Vega

En toda obra artística genuina existen unas claves de lectura que operan como llaves para acceder a contenidos expresivos sobre su autor y sus motivaciones creativas. Aquí trataremos de ofrecer algunas pistas sobre la obra de nuestro amigo Manuel Rodríguez Vega, que ahora nos regala ciertas memorias sobre su infancia en el Barrio Cantera de Ponce. La primera clave es precisamente la palabra memoria, porque sobre esa piedra angular se construye toda su propuesta. Definamos la memoria como esa facultad humana que nos lanza al pasado para poder descifrar el presente. El hombre es hijo del niño, decía Nietzsche. Sí que lo es, porque todo aquello que nos toca en la niñez nos construye. En gran medida somos lo que vimos, escuchamos, palpamos, aprendimos, gozamos y sufrimos cuando éramos inocentes. Lo que contemplamos desde la pureza es el sustrato de nuestra personalidad. Somos porque podemos recordar. Nuestro recuerdo nos lleva de la mano, como un padre, por el camino de la existencia. Hasta la geografía donde vivimos se instala en lo profundo nuestro, formando puentes, ríos y casas. Estamos hechos de memorias.

En esta exhibición de Manuel vemos como referente simbólico principal una estructura arquitectónica de sus recuerdos: el puente. Se trata de un puente colgante levantado con pilotes de cemento, cables de acero, tablas de madera y ciclone fence que recorrió en innumerables ocasiones y fue como un juguete grande para él. Este puente ya no existe en el barrio pero vive en el interior de nuestro artista. Y ahora quiere hablar y decir algunas cosas sobre Memo, como le llaman todavía a Manuel sus viejos amigos de Cantera. La función de todo puente es conectar dos lugares divididos por la topografía de un lugar facilitando la comunicación humana. Este puente unía dos comunidades donde vivían su familia y amigos. Para Memo era como un lugar de observación que le permitía captar toda una perspectiva del ambiente: los arrabales, el parque de pelota a lo lejos en medio de un terreno árido y seco donde una vez hubo sembradíos de caña. También, árboles macagüitas gigantes y una montaña de residuos de tierra resultado de la revolución urbanística de Ponce para los años '70, según nos cuenta. Desde el puente contemplaba el transcurrir diario de la población, los desastres naturales, los fuegos, las inundaciones... Una población orgullosa de su origen y con una idiosincrasia particular. Provenientes de los campos, muchos luchaban por adaptarse a una nueva vida en la ciudad. Pero este puente es más que un recuerdo: es el símbolo de la propia memoria implicada en la actividad constructiva de la personalidad del hombre, esposo, padre y artista que es Manuel. Recordar el puente de la niñez es tender un puente entre el presente y el pasado. Es revisitar, reconstruir, analizar lo que hemos sido, descubrir el porqué de lo que somos y queremos ser. Otra importante clave interpretativa para leer a este colega nuestro.

La obra que se nos presenta no es fácil. Nuestro amigo se exige mucho a sí mismo como

artista y le exige mucho al espectador como intérprete. Vemos trabajos suyos donde hay tensiones y distensiones, figuraciones y abstracciones. Ricas texturas que nos hablan de su afición por poetizar la superficie bidimensional mediante la yuxtaposición de capas pictóricas y la experimentación con materiales industriales. En esta serie hay un discurso basado en fragmentos de un paisaje exterior ahora transformado por una operación subjetiva, una introspección codificada mediante las tablas del puente, los nudos de la madera de esas tablas, las líneas, los surcos del diseño, los cables de tensión, manchas y texturas pétreas o de cemento, reflejos del agua, etc. Esos nudos circulares de la madera pueden referirnos al árbol de la vida, al paso del tiempo, la edad y los cambios que esta provoca en nosotros. Su circularidad quizá sea una evocación del yo interior, la realización de la propia identidad, el retorno al refugio seguro del útero materno o el del hogar soñado para renacer. Las líneas, los cables de tensión, con sus amarres unidos o sueltos, nos hablan de la violencia de las pasiones, las ataduras, de esos lazos internos que nos fuerzan y obligan o de lo que es mejor olvidar. La geometrización del espacio en Manny -como le llamo yo- nos habla de su tendencia hacia lo estructural, la fortaleza y la estabilidad, algo que ha sido una necesidad vital desde temprano en su vida, pues proviene de un hogar disuelto. Manuel es un constructor o arquitecto pictórico. Nada raro para quien se crió cerca de albañiles, carpinteros, y tiene un padre electricista. Aquí hay otras claves muy importantes.

Además de dibujos y pinturas, la muestra que nos atañe posee varias escultopinturas. Las escultopinturas pueden entenderse mucho mejor bajo la óptica que ya hemos descrito. Nos revelan a un artista que necesita abordar la tridimensionalidad cuando la bidimensionalidad se le hace limitada para decir lo que quiere decir. Y sospechan un universo de posibilidades que sería bueno ver cultivar con más reiteración a nuestro amigo.

Esta exhibición que tenemos ante nosotros procede de la necesidad que Manuel Rodríguez Vega ha tenido de visitar los paisajes de su mundo interior. Caminar por su puente es caminar por su memoria... o los fragmentos trasfigurados de su memoria.

Antonio Hernández Gierbolini OSB
Religioso y pintor